**Fragmento de la novela Vaticano III (capítulo 38).**

Los Cardenales estaban reunidos a puerta cerrada en la residencia del Secretario de Estado. La conversación entre el representante de la Cancillería norteamericana y el Jefe de la diplomacia vaticana había alcanzado la crispación y sus palabras penetraban como puñales en el sentir de los eclesiásticos.

* …¡Y debo advertirle, señor Secretario, que el Presidente me ha autorizado a conminarle que, si se lleva a cabo el pronunciamiento, ni nosotros ni nuestros socios lo aceptaríamos pasivamente!

A ustedes les avala su autoridad moral, pero a nosotros nos sostiene el dinero, la influencia y el poder. ¿Es que Roma quiere arriesgarse a volver a las catacumbas?

Vitelino, viejo zorro en el arte de la política palideció al escucharle.

* ¿A dónde quiere ir a parar, señor Secretario?- acertó a decir.
* Se lo diré con toda franqueza, señor Cardenal. Si el Pontífice no da marcha atrás es muy posible que se produzca el solivianto y la ruptura entre los fieles que se extienden por todo el mundo e incluso que se llegase a producir un cisma. No es éso cosa nuestra, pero sí que esa masa descontrolada a la que él se refiere como “los pobres” pueda poner en riesgo el orden constituido y peligrasen los valores de Occidente. El mundo es como un inmenso tablero de dominó donde las fichas están íntimamente relacionadas. Si cae la primera, arrastrará al resto.
* Me temo no entenderle…-dubitó perplejo.
* Si alteran su esencia para convertirse en un no se sabe qué, otras fuerzas podrían ocupar el espacio- precisó-Parte de los fieles desilusionados podrían ser captados por el viejo comunismo y Rusia ansía volver a ser la cabeza de gigante que ya fue. Otra parte podría ser absorbida por el Islam, que trataría de borrar del mapa a su eterno enemigo. ¿Qué cree usted que podría pasar si los judíos se sintiesen realmente amenazados, disponiendo de un arsenal…?
* ¡Pero eso es llevar las cosas demasiado lejos!- protestó sin dejarle concluir, detectándose en sus pupilar la misma incertidumbre que embargaba el ánimo de sus compañeros, que se esforzaban por mantener el más absoluto silencio.
* Aún no he acabado. Tras forjar Rusia un nuevo imperio y extenderse el Islam, incendiándose el Oriente Medio, el peligro vendrá de Asia. Los chinos, sí. El gigante asiático espera asestar al sistema capitalista el zarpazo y hacerse con el control de los mercados internacionales, mientras que nosotros, bastante ocupados estaríamos con procurar controlar la nueva situación de guerra fría o caliente. Todo ello significaría el fin de la sociedad que conocemos y por la que hemos luchado juntos durante tanto tiempo. Económicamente, Occidente podría hundirse y la Media Luna enseñorearse por todo el orbe.
* ¡Un cuadro desolador!- hubo de reconocer el purpurado.
* Ustedes tienen el tarro de pandora en sus manos. Y ése es el riesgo si deciden abrirlo ¡Deben convencer por todos los medios a su Santidad para que no lo haga!

De la misma manera que el chasquido seco del rayo rasga amenazante el firmamento, aquellas palabras se les antojaron a todos sin excepción como una admonición.